

EL CÍRCULO DE LA NIÑEZ Y LA FRAGATA MISILÍSTICA

Dr. Raúl E. Levín*

La abeja encerrada en la resina

No es de la tierra que provenimos, a menos que lo entendamos como poética bíblica. Freud fue implacable: de lo inorgánico. Es un abismo inescrutable, no admite representación o reliquia, tampoco bóvedas con frescos. Y el niño, como eslabón entre esa nada sumergida nada y el todo actual en tanto sujetos subsumidos en el eje del narcisismo a cuyo alrededor orbita el otro. Pero esa nada puede tener un fondo de saco en la ilusión de una vida fetal que sorprende con la potencia de intermediar entre la nada y el todo. Ahí puede remitirse la subjetividad cuando el cuerpo la pone al borde.

Acabo de estar con un niño de cinco años que está convencido de que las mujeres son mejores. La cosa es que ellas producen niños –él mismo fue producido– y se perpetúan y los perpetúan más allá del problema que desgañita al psicoanalista relacionado con los orígenes. Pero de qué origen me hablan, diría –es un decir– este chico, si su problema es que nació con una comunicación interauricular, la que estalla en su patología mortal apenas se corta su relación de vasos comunicantes maternos. Entonces volvamos a ese estado de ser una mujer: son mejores. Producen niños y se extienden en ellos. Invencibles y eternas, no tendrían ninguna exclamación angustiada ante la castración. Sus padres tienen temores acerca de una aterradora homosexualidad en la no tan incipiente adolescencia. Sin embargo el problema no es la elección sexual, sino la filosofía esencial, primaria, acerca de cómo sostener la eternidad. No me impresionan tanto los juegos en que sucesivos autitos pasan por un orificio por el que nacen “los bebés”, por el que vuelven a nacer sucesivamente cuando el orificio (una maderita con forma de arco que puede ser túnel) es desplazado sucesivamente hacia adelante, de tal manera que los niños

* levinraul@fibertel.com.ar / ver [CV](#)

renacen del nacimiento, vivos en el mundo y en el vientre. Fue para mí más elocuente su teoría de eternizar su permanencia en el tiempo, cuando a continuación de su alegato acerca del privilegio de la mujer como cadena sostenida por un ideal de eternidad, trazó con lápiz una suerte de óvalo ("vas a ver que es un huevo") y, luego de dibujar una abeja en papel glacé, la recortó y la pegó dentro de los círculos del dibujo, cubriéndola con todo el contenido del frasco de pegamento, de tal manera que horas después tenía ante mí (como dicen los escribanos cuando legitiman un documento) un ser que perduraría a lo largo de millones de años, como esos bichos o semillas que han quedado atrapados en el ámbar de los árboles y que después de millones de años podemos apreciar en museos o en ilustraciones de publicaciones sobre la conservación de los primeros indicios de vida del universo.

La fragata

Varias dimensiones de la fragata misilística (además de las de la fragata misma) boyando en los corredores del edificio del consultorio. La obvia surge de dividir su costo, en sus variables según equipamiento destructivo, por el de niño-sobrevivencia. Es aterrador el resultado, su alcance inaudito. También inescrutable, porque la ecuación humana que otorga inexistencia al que no es el otro de sí mismo no identificaría sino alusión, no cuantificable. Es del orden de lo político. Pasa por el que ejerce la cría de fragatas para lanzarlas a la vida de sus propios ideales. Lo humano del poder se encarna sólo en sí mismo. La niñez no alcanzada por la consideración política no es más que el precedente de ese habitante cuyo apronte no es mucho más que el de mover una imagen en la TV. Como todo cachorro puede ser enternecedor. Puede propiciar alguna búsqueda de sensibilidad en quien no tolere estar en esa franja de sinuoso vacío que circula entre el poder político y la nada. Bienintencionados hay dirigiendo su coyuntura hacia la inequidad humana. Pero también desvíos hacia aventuras de alcance similar: conmovedores el esfuerzo y la pasión que convoca un ballenato varado en alguna playa patagónica o australiana. Tan inútil como suponer ayuda al humano descuidado, desprendida de simples cálculos numéricos. Pero más inherente a la niñez es el lugar imposible de detención eterna del niño que fue abeja incluida en la resina de un infinito del que nadie se rescata. El enigma de la muerte anticipa el terror obturado acerca del de dónde (no) venimos. La historia calza justo a medida para taponarlo, contribuyendo a ese tejido

–red de salvataje– que llamamos identidad. Pero interroguen a un corazón con una tetralogía, a un teratoma o a una corteza cerebral mórbida por un accidente en el parto. Qué más se sabrá sobre el genoma, o aun sobre hormonas o virus a los que la historia no puede reclamar preguntas. Lo anterior desarbola la genealogía, hace de lo efímero sólo eso, lo efímero. Para eso la niñez es testimonio irreconciliable con el poder político, que supone un ideal sin fisuras, acosado por una potencia positiva que desconoce los abismos. Que puede proponer el terror del otro para desquitarse del propio. La fragata misilística es lo opuesto al niño: se sabe su qué, avanzará para colonizar hasta que, fue armada en el astillero de la inteligencia humana y va a durar hasta que la renueve. El niño como intersección misteriosa es un paquete innecesario a la política. Es más: su condición la ignora. La niñez tiene más poder que la política, porque encarna la falta de respuesta a los interrogantes sobre la condición humana. Pero la política por definición debe eliminar el poder que desafía el suyo. Y lo trágico es la siguiente paradoja: el poder de la niñez es soportado por el más frágil de los humanos: el niño.

El círculo no es geométrico

Pero el niño no será blanco del proyectil. Su posición es sacralizada porque no enuncia. Es el asignado por la incertidumbre esencial, en ese lugar entre la nada y el sujeto. No se puede matar sin saber lo que se mata; cualquier cazador profesional puede extenderse sobre esto. La fragata va a succionar la niñez, la destruirá en su enigma. No serán los misiles sino los presupuestos, las políticas económicas y colonizadoras, los descuidos, las miradas al costado.

El niño argumento de este exquisito ámbito que propicia un psicoanálisis remite a otros. Mi trabajo está en eso, en ese “fenómeno altamente refinado del siglo XX” al que refiere Winnicott (1972, p. 65). Pero desde mi consultorio, veo tanto la fragata como a otros niños. Ellos son mis referentes tanto como mi paciente de cinco años. Para incluirlos en su inconmensurabilidad, no tengo otro recurso que reducir su presentación a lo contrario: un deliberado reduccionismo que presente al lector un canon condensado al límite de lo posible, en representación de todos los niños que no podrían ser abarcados en ningún texto. Lo enunció:

fotografías de chicos de El Impenetrable chaqueño, a veces ofrecidas en suplementos dominicales de los diarios, instalados en aneurismas desolados de un

camino recto. Sus miradas se construyen tímidamente ante las cámaras; en otro plano, madres desvaídas, perdidas en un terror que no conocen adherido a la letra del informe del cronista: desnutrición, tuberculosis, Chagas, leishmaniasis. Perros merodean alrededor de charcos y rascan sus lomos en los parantes que soportan los trapos cóncavos que techan sus viviendas.

esmirriado y tenaz, un niño salteño avanza por una calle de Cafayate cargando sobre sus hombros un atado de leña que lo sobrepasa en peso. Cada tanto claudica y lo deja caer. Pero a su lado, la madre sostiene con su mirada el peso, como también la calle y su derivación hacia el desierto. Esta madre es el hijo que la levanta, renueva el paso, unge la vida entre ellos.

otro pasa ostentando orgulloso el Nintendo recién comprado por el pasillo del *shopping* de Buenos Aires: el trueque es ancestral, ahora bajo la forma de un plástico y la firma que su abuelo dejó en el *ticket*, a cambio de la sonrisa del vendedor y el juguete que el nieto puede sostener sin declinar. Este niño –no lo sabe– puede ser la sombra del destino de los otros. Años después trazará en la computadora las líneas de la proa o será panelista en la discusión acerca del blindaje de la fragata.

luego el niño que me visita en el consultorio: concentrado en su encierro intemporal, activo militante de la detención eterna, aunque bajo la mirada que intenta inscribirlo en lo efímero, la época y la filiación. Esta mirada no sólo le cae de los padres, sino también de su psicoanalista.

El niño que va a morir de hambre o enfermedad ha dejado de ser un niño. Aquel al que se le ha negado sostener el peso del fardo de la cultura para llevar sobre sí el que dará calor a la mirada materna también, porque tener asignado un papel social en su sobrevivencia hunde su niñez en un punto que no admite la interrogación. Y el niño tecnológico, el que prematuramente tiene su fragata de bolsillo, ya está presupuestado: si no va a ser político, seguramente será un brazo de la política.

por último, quiero aludir –es el emblema exacerbado de lo que traigo– a la conocida fotografía del niño emaciado, próximo a morir en el horizonte africano, en tanto un buitre acecha pacientemente el desenlace. El dramaturgo y psicoanalista Jorge Palant, en su obra *Réquiem*, transcribe la incesante agonía del fotógrafo, ya muerto por su propia mano, la misma que ante la tragedia sólo atinó a disparar la cámara. La muerte de ese niño y el suicidio del fotógrafo deben ser abrochados para que todo esto valga.

Digresión

No se trata de un prejuicio. Para que así fuera el otro tiene que ser un semejante sobre el que se inscribe la diferencia: color, talla, anomalía, religión, sexo... El niño no es otro, es yo –pero qué–. Para sufrir el prejuicio del otro no hace falta ser quemado en la hoguera. Basta esa mirada que no te ve, que se retrae a la vez que mira. En el des-mirado cruje o se desmonta la sujeción de su propia subjetividad. El otro atento, hasta cordial, cuya mirada vacía te desconoce no se altera por decálogos o instrucciones de Unicef.

A diferencia del objeto del prejuicio, el niño es mirado, demasiado mirado. Ternura u odio dan en el centro de la interrogación sobre el ser. Es la concentración de nuestro narcisismo en su dimensión de lo ajeno. En tanto su proximidad al origen, toda cría (no sólo humana) además provoca una cariñosa curiosidad no exenta de horror. Es el nosotros en su insoportable desconocimiento. Por eso los psicoanalistas (“de niños”) apelamos a “construirlo” o a “observarlo”. Aunque no alcanza. Pero los otros psicoanalistas (los “de adultos”) ven al “de niños” como a un “conocido extraño”. Como al mismo niño. No comprenden (con razón) “cómo hacemos”. Insisten en asignarnos poderes mágicos, una dotación, un toque que nos da el alcance de responder ante la oferta de desconocimiento que nos atañe. Y esto podría aplicar a una habilitación extendida a otros campos de la clínica en que los interrogantes quedan sueltos, como es el de la psicosis.

El psicoanalista de niños accede a un saber ilimitado y temible: “hace niños”. Es más, si sabe de niños, la única solución a su talento es que es un niño. Sólo un niño sabe lo que es un niño. Y ahí queda. Cuando fundamos el Departamento de “Niños y Adolescentes” en APdeBA, hubo que hacer un esfuerzo intelectual para darle su verdadera denominación: de “Niñez y Adolescencia”. Sin embargo, a pesar de su inscripción, se lo sigue llamando “de Niños”. Pero los que “hacemos” niños no somos niños. Entonces, ¿cuál es nuestro saber?

Para los demás, y para nosotros mismos, somos portadores del interrogante sobre la niñez. Y son razonables, en los que creen en nuestro saber, también sutiles desconfianzas, postergaciones o proscripciones. No es posible destituir las resistencias que promueve el psicoanálisis de niños entre los propios analistas, proveniente del terror cuando no queda otra que asomarse al desconocimiento.

En el Servicio de Psicopatología del Lanús, los consultorios de niños estaban al final de todo. Recorrer el pasillo hasta el fondo, hasta encontrar los últimos, pared de por medio con la mítica otra mitad en espejo del edificio de los Consultorios Externos, en los que se ubicaba la morgue del hospital. Mauricio Goldenberg, el Jefe del Servicio, andaba a veces por ahí y no sabía qué hacer conmigo. Yo era su subordinado, pero ocupaba un lugar de su territorio en el que no podía incluirse. Yo "sabía niños", y eso lo dejaba afuera.

Pero qué intervención o respuesta ante ellos, mientras rebotan sus juguetes contra la medianera que separa de la morgue, tan próximos al abismo que los antecede y aún los signa, emitiendo a la vez señales en código carcelario a los que habitan el albergue del otro abismo.

El saber del niño

El saber del niño es un saber del niño, y ahí queda. Solamente el niño sabe lo que es un niño –él–. Entonces cuando hay un psicoanalista de niños declarado, no hay otra que suponerlo niño. Salvo que se lo considere en su tolerancia al desconocimiento. Porque convengamos: no es un niño, pero tampoco un poseso, ni un iluminado, ni un beneficiario de epifanías psicoanalíticas. Es alguien que nada en el misterio, tolerando la destitución de la metapsicología freudiana, soportado por salvavidas que le fueron arrojados a modo de teoría por vislumbres de algunas psicoanalistas consideradas pioneras. Parece que las mujeres saben. Pero qué. Algo que funciona. A la manera de la maternidad y la crianza. Pero el bebé no habla de lo que le ocurre. Su saber es un saber actual, ahistórico, instruido por la biología hasta que de ella despiertan las primeras redes entre percepciones.

De tal manera hay un saber *del* niño comprendido en lo inefable, en lo indecible. Y otro saber *sobre* el niño, del que puede decirse es decible, verosímil, plausible, pero otro. Melanie Klein escribe sobre el niño que ve. Y lo hace muy bien. Basta leer el capítulo 6 de *El psicoanálisis de niños* (Klein, 1972). En él se ve su capacidad de observación, aún no empañada por el imperativo a teorizar. Debemos además ofrecerle un reconocimiento sorprendente: es una mala escritora, no hace literatura. Es el testimonio incoercible de quien no puede dejar de ver. Es un ver despojado, asociativo, audaz. Fue su necesidad de honrar divergencias lo que luego la obliga a constituir una superestructura metapsicológica que la pertreche en sus

polémicas con Anna Freud. No hace una cultura del hablar “desde” el niño, como en un magnífico relato de Clarice Lispector (2005, pp. 185-188). Pero es inevitable que de las coordenadas despojadas de su teoría se hayan completado mapas imaginarios de algunos seguidores. Hubo psicoanalistas mujeres que trastabillaron en ese borde entre lo indecible y las teorías. Cómo sumirse en una teoría psicoanalítica del niño y a la vez en esa concentración de su narcisismo que es su bebé. El saber perdido del niño es el no saber sobre él. Niño perdido huyendo a su propia aventura hasta que lo inscribe la Ley –a la manera de Pinocho–, o sabio sumido en su implicidad, tan elevado como inalcanzable, como la representación del “bebé inteligente” (Ferenczi, 1967, p. 287) o “bebé sabio” (según otra traducción) de la clínica ferencziana (Porge, 1992, p. 71).

Desde la cobertura de ámbar

Mi paciente de cinco años sigue en su análisis. Desde su posición de que “las mujeres son mejores”, no por su sexuación sino por su don de resistir la temporalidad, disfruta como verdadero altruista en ofrendar sus dibujos a sus familiares y a mí mismo. En una liturgia en la que la generosidad es el sustento, con un gesto ecuménico cede su fórmula a quienes lo aman. Por ahora no hay otra cosa que convicción. Sin embargo algo empieza a fallar. A veces hay vergüenza y reticencia. Cuando juega con los muñequitos Playmobil –enorme desafío diferenciar masculino y femenino– comienza a no contarme el guión de las historias que despliega. O rápidamente se desdice luego de elegir un papel glacé rosa para vestir al Príncipe. Dura instancia para el analista, porque este niño podría ser amado en su increíble extensión mágica hacia la infinitud. Pero dolorosamente la sola palabra del psicoanalista que le habla –no interesa la palabra “interpretación”– provoca fisuras en su cobertura laminada y transparente. No queda otra. Pero el analista, resquebrajando con palabras esa cobertura de resina, le dice lo único posible: estas palabras te matan para que puedas vivir. Debe de ser muy duro porque le estoy diciendo: ahora *también* nos odiamos. Pero me he obligado a reconocer algo de mí en él. Las palabras me han penetrado, yo mismo he sido reiterado a su través en mi conmensurabilidad, posiblemente mi odio es porque no pude sostener en él un saber acerca de la muerte.

Un comentario naval

Las he visto en algún informativo, posiblemente de la CNN. Son como un blindaje que flota, sin aberturas, no sabés por dónde sale el proyectil; si hay una cubierta es para que pueda posarse el helicóptero que apoyará la eficiencia de su carga destructiva. No se ven marineros, sólo destellos del sol sobre su estructura hermética. Seguramente lo más próximo a lo reconocible como artefacto de este mundo es que sube y baja, como cualquier otro barco, con el movimiento del mar. Suponemos en su interior sujetos, aislados de todo contacto sensorial con el otro, aun cuando sea llamado "enemigo", "objetivo", u otros. Sí: queremos suponer que hay sujetos tras ese blindaje de la subjetividad. Alguna película lo demostrará, o se lo demostrará a estos tripulantes el reencuentro con sus hijos cuando por fin toquen tierra después de su misión. Queremos creer que es así. En realidad lo sabemos.

Estas herramientas de la guerra son tan inefables que un juguete no podría admitirlas. Imaginen una fragata misilística Playmobil: dónde ponemos a los marineros y al Capitán. En su exterior no hay cubiertas. La interioridad es inescrutable. El alcance de su destrucción rebasa lo imaginable. No tiene representabilidad.

Si bien parece el opuesto del sutil despliegue emocional que se establece entre mi paciente y yo, la fragata misilística tiene un flanco de mayor vulnerabilidad. Ha sido creada por el hombre, quien la puede captar hasta en su más recóndito chip. Mientras que el niño de cinco sigue desembarcando en el consultorio interrogantes y más interrogantes. Queremos creer, ya lo dijimos antes, que entre los tripulantes de esta nave aún resista alguno que aunque fuera a posteriori sea provisto de alguna incomodidad a su condición subjetiva.

Sesiones

Está jugando a uno de sus acostumbrados juegos. Ha vestido hábilmente sus muñequitos Playmobil con trajes de papel glacé de diferentes colores. Son príncipes y princesas, e hijitos. En cuanto inicio un comentario acerca de su juego, comienza a gritar: "¡No me hables mientras juego!". A la vez me pega en el brazo, para luego

agregar en tono conciliador: "¿Viste qué fuerza que tengo?". Sí que tiene fuerza para defender su posición.

A la sesión siguiente llega llorando en brazos de su madre. A manera de explicación, ella me dice: "Venía durmiendo en el auto".

Lo lleva hasta el consultorio, y no tiene inconveniente en quedarse, aunque se tira aparatosamente en el piso para seguir llorando.

He aprendido que si un chico llora, uno puede esperar, acompañando. No está mal llorar. Los analistas de niños solemos temer al llanto. Parece que se nos planteara sin eufemismos la pregunta angustiosa que suele atravesarnos: ¿le hemos infligido algún daño?

Varios minutos y tengo la impresión de que en su llanto pueden escucharse algunas inflexiones que lo semejan a gruñidos.

Ensayo una pregunta: "¿Estás con rabia?". Asiente con la cabeza. Creo que le reitero la pregunta y ahora obtengo una respuesta semejante, aunque más nítida.

Me permito completar la pregunta, pero en un tono más próximo a una afirmación: "Estás con rabia porque te saco de tu mamá".

Repito estas palabras, llora un poco más, de pronto interrumpe su llanto, y me pregunta: "¿Cómo se escribe la palabra *odio*?".

Se dirige hacia su mesa, toma el papel y un marcador. Quiere que yo le deletree la mencionada palabra.

Esto ya ha ocurrido con otras, especialmente escribiendo los nombres de las personas de su familia para quienes hizo dibujos dedicados.

En vez de dictarle letra por letra, se la hago un poco más difícil, repitiendo la palabra "odio" muy lentamente como para que él deduzca por el sonido la secuencia de las letras que la constituyen. Protesta un poco –"vos no me ayudás"–, pero entiende perfectamente.

Una vez escrita la palabra, con el mismo procedimiento la vuelve a escribir.

Luego me pregunta cómo se escribe "Raúl", y de la misma forma queda inscripta en el papel debajo de la palabra "odio" duplicada más arriba.

Quizás a falta de una noción gramatical de la escritura de las partículas de enlace entre ellas, "odio a Raúl", "odio para Raúl" (u otras), sustituye las preposiciones que no sabe incorporar con una flecha que parte de las palabras "odio" y concluye en "Raúl".

Luego remarca este fresco de nuestra transferencia con redondeles del mismo color en los ángulos y extremos de las letras de las palabras que dan cuenta del cuadro de situación que se ha establecido entre nosotros.

No dejamos de notar que concluye con una R suelta, algo descolgada, por fuera del trayecto del odio. R de Raúl pero también letra sobresaliente de su nombre, que sostiene quizás el inicio de las palabras que de ahora en más transitarán nuestras sesiones psicoanalíticas.



El niño es menguado

El niño no es blanco del proyectil: encarna el interrogante que no puede ser aniquilado. De la magnífica transcripción de llanto-gruñido a palabra escrita de mi paciente queda un resto inefable al que llamaremos infancia. Será cosa inalcanzable para siempre pese a las astucias de la también llamada "inteligencia", que apelará a inevitables estrategias para apre(he)nderla, colonizarla. El extrañamiento ante eso nuestro-en-nosotros, infancia perdida para siempre, sumergida nosotros mismos, se localiza en un campo inverso al enemigo de la fragata. Es acecho a nuestro ser, y a la vez su fundamento: nunca será trofeo de vencedor.

Por eso el niño, en tanto representante icónico y subjetivo de nuestra infancia presente y perdida, no puede ser arrasado salvo por quien se constituya en victimario de sí mismo. Queda mal matar niños, aun en la atrocidad de la guerra. No se trata de una norma ética. Es que matarlos es una desdicha del soldado, que debe saber qué mata. No es político matar niños, aunque ocurra. Las imágenes no pueden ser transferidas a la política, y si trascienden serán deplorables para todos los bandos. El niño interroga el poder, lo desarma. Es muy difícil tratar desde lo político ese no sé quién es, pero es yo.

Pero en tanto interroga el poder, lo ignora. Su poder sobre el poder establecido es un desafío desconcertante que no puede quedar ahí. Algún sinuoso escarmiento, ya que no el ataque directo, se establece para deponer la condición de ese que no es amigo ni enemigo y destituye la validación del poder.

Entonces: si al niño no se le va a disparar el proyectil, habrá que emprender un modelo alternativo para deponerlo. Así el niño será menguado. La política le ofrecerá carencias: educativas, sanitarias, alimenticias. No lo dejará ser en su esplendor sabio y a la vez inerme. Se mirará hacia otro lado. El cinismo de esta operación humana rescatará y expondrá conmovida los efectos de su trampa. Ya lo dije antes: las escenas en que se trascienden los derivados de estas políticas emocionan aun a quienes las propician.

Epílogo inconcluso

La fragata misilística es poderosa, pero no tanto como la infancia y el sujeto que de ella se constituye.

Con mi paciente de cinco años pudimos establecer nuestro odio recíproco. Pero éste fue constitutivo, y no sólo para él. Yo intervine sobre su infancia pero le hice saber: "Lo admito, esto ocurrió entre nosotros, y es también letra". Nos entendemos. A pesar de nuestras pequeñas batallas –y quizás a esto hay que llamarlo amor–, resignó su posición de un saber más allá de todo para aceptar una palabra que nos pone al uno al tanto del otro. Ahora nos vamos a odiar, pero la cultura quizá no sólo dé lugar a la renuncia y el malestar, sino también al amor y la sobrevivencia.

Mientras tanto la fragata navega y se pavonea. En su vida útil puede no matar a nadie, pero la capacidad de amedrentamiento es igualmente letal. La asimetría derivada de su poder de fuego es su legítima marca de suficiencia.

Pero en sí misma, es menos que el paso gigantesco que diera mi paciente desde la pura emocionalidad de infancia a la enunciación y escritura de la palabra.

La fragata (a diferencia de la estructura del sujeto) podrá ser desguazada, desarmada en todas sus piezas, para volverse a armar. Los ingenieros navales la conocen al dedillo. Cada bulón, circuito o movimiento de sus tripulantes puede ser ubicado en pantallas de computadoras alineadas a lo largo de higiénicos salones, seguramente mucho más provistos que cualquiera de las salas de los hospitales que hemos conocido. El ingeniero que sí sabe todo de su fragata ubica en la pantalla el perno fallido que provocó una vibración que nadie percibió.

En tanto, con mi pequeño paciente comenzamos a compartir el saber sobre nuestra ignorancia. Nos suponemos en un acuerdo de respeto de lo mejor que hemos convenido: la vida nos da mucho, pero no nos devuelve todo. Por ejemplo, la infancia.